

Philippe Claudel

AROMAS

Traducción del francés de
José Antonio Soriano



salamandra

Título original: *Parfums*

Ilustración de la cubierta: Chiara Fersini/Trevillion Images

Copyright © *Éditions Stock*, 2012

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2013

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-504-5

Depósito legal: B-6.350-2013

1ª edición, marzo de 2013

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

*Para mi amigo Jean-Marc
y nuestro camino juntos,
en el pasado, el presente y el porvenir*

Déjame aspirar largo, largo rato, el olor de tus cabellos,
hundir en ellos el rostro, como un hombre sediento en el
agua de una fuente, y agitarlos con la mano cual pañuelo
perfumado, para esparcir recuerdos en el aire.

CHARLES BAUDELAIRE,
Un hemisferio en una cabellera

Índice de aromas

Abeto.....	15
Acacia.....	17
Aftershave	19
Ajo.....	21
Alambique	23
Alquitrán	25
Arenisca rosa	27
Aula	29
Bodega.....	31
¡Bum!.....	33
Canela	35
Cannabis.....	37
Carbón	39
Cárcel	42
Carroña	44
La casa de la infancia.....	46
Cementerio.....	49
Col.....	51
Crema solar	53
Depuradora.....	55

Despertar.....	58
Droguería	60
Duchas colectivas	62
Establo.....	65
Estiércol.....	67
Éter.....	69
Fuego de campamento.....	71
Gauloises y gitanes	74
Gimnasio.....	77
Habano	79
Habitaciones de hotel.....	81
Heno	84
Humedad.....	87
Iglesia	89
Jabón	91
Jersey	93
Lluvia de tormenta	95
Motor de dos tiempos	97
Muerte.....	100
Munster.....	102
Niebla.....	104
Niña dormida	107
Novias.....	109
Pantalón de pesca	112
Peces.....	114
Peluquería.....	116
Piscina	118
Pomada.....	120
Rastrojos.....	123
Ríos	125
Sábanas limpias	128

Salsa de tomate.....	130
Sexo femenino	133
Tierra.....	136
Tilo.....	139
Torrefacción.....	141
Torreznos.....	144
Tórtola	146
Umbelíferas	148
Urinarios.....	150
Vejez.....	152
Verdura	155
Viaje	157

Abeto

Dicen que los vosgos somos mitad hombres, mitad abetos, para burlarse de nuestro carácter taciturno y brusco. Lejos de los bosques de abetos, vivo a cámara lenta. Tengo la sensación de que me han desarraigado. Echo de menos su perenne verdor, su ramaje desplegado, su olor, con lustre de resina, sus inofensivas agujas. Antes de la guerra, mi padre es leñador, campesino, auxiliar químico. La posguerra lo convierte en policía, pero nunca olvida sus bosques. Su casa natal está incrustada en ellos. Bosques sombríos que trepan hacia la roca de La Soye, las ruinas del castillo de Pierre-Percée y el puerto de La Chapelotte, que sigue exhibiendo las heridas de los numerosos combates que allí se libraron en la Gran Guerra. Trabaja en numerosas talas en el valle del Plaine, río de aguas pobladas por truchas y gobios, bordeado por una antigua calzada romana y dominado por el Donon, en cuya alta cumbre un templo de arenisca rinde culto a Veleda. Es una de las zonas más resinosas de Francia. No hay forma de eludir los abetos, viejos o jóvenes, negros, inmensos, de una majestad casi carolingia, ni a las píceas, que forman apretadas brigadas a lo largo de los senderos. Picnic. Cargamos el «cuatro latas» de cestas, mantas, sillas plegables, hornillos, ensaladeras, bolas de petanca y raquetas de bádminton. No vamos muy lejos. Volvemos al

lugar de la infancia, cerca de un arroyo en pleno bosque, al que se puede llegar gracias a un sendero de arena rosácea. Nuestro rincón. El sol queda excluido por el follaje. La sombra huele a savia y musgo. El agua del arroyo te amorata los dedos si los dejas demasiado rato sumergidos. Y refresca la cerveza y el vino enseguida. Suelen acompañarnos el tío Dédé, la tía Jeanine y mi otra tía, Paulette, a la que siempre conocí viuda, pues su marido, Nénesse, murió electrocutado en un taller de la Salina antes de nacer yo. Posamos sentados alrededor de una mesa de camping para fotos en formato 6x9 de bordes dentados. Sonrisas, camisetas interiores y barrigas llenas. Los abetos nos envuelven con sus ramas bajas. Es un mundo de quietud, de zumbidos de abejas, de babosas que se arrastran, de hormigueros faraónicos, de azulados arrendajos que nos sobrevuelan y a veces dejan caer una pluma blanca adornada con una lista gris, que me planto en el pelo. Escarbo en el musgo, que incluso en lo más cálido del verano conserva un resto de humedad, una esponjosidad de turba. A veces, arranco trozos y me los pongo en los muslos. Aquí puedo mancharme, rodar sobre los helechos, disfrazarme embadurnándome la cara con el mantillo, que huele a raíz de brezo. Tengo derecho. Acaricio los troncos de los abetos. Mis palmas se llenan de gotas de resina semejantes a lágrimas. Cojo cristales tan aromáticos como caramelos para la tos, que se condensan en las heridas del árbol. Se las han hecho los pájaros con sus malvados picos. Pájaros carpinteros y picos picapinos, también llamados «colirrojos», grandes barreneros. El tiempo se detiene. Oigo reír a los adultos, que están de sobremesa. Me como lo que encuentro, hayucos, frambuesas silvestres, arándanos, moras, brotes tiernos. Me gustaría ser un corzo. A la vuelta, me quedo dormido en el coche, arrebujado en mis fantasías animalescas y en una manta, que días después aún conserva agujas de abeto y cristalinos granos de arena.

Acacia

Paradoja climática: sé de árboles cubiertos de nieve a principios de junio. Una nieve compacta y a la vez liviana en forma de algodinosos racimos, que el viento del atardecer acaricia como se acaricia el cuerpo amado. Voy en bicicleta por el camino de carro que desciende por detrás del cementerio de Dombasle, mi ciudad natal, mi ciudad infantil, mi ciudad actual, hacia el viejo estadio de Sommerviller, cedido a nuestros juegos. Fiambreras y balones en el campo, policías y ladrones. Voy a reunirme con mis amigos: Noche, los Waguette, Éric Chochnaki, Denis Paul, Jean-Marc Cesari, Francis Del Fabro, Didier Simonin, Didier Faux, Jean-Marie Arnould, Petitjean, Marc Jonet... Las grandes acacias ocultan el cielo claro con su bóveda calada. Hojas con forma de moneda antigua. Espinas de coronas para invisibles ajusticiados. Pedaleo con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, embriagándome del aroma de las flores y la alegría febril que cada primavera trae consigo. Los días se tornarán inmensos, como nuestra vida. Esperaremos el atardecer con el canto nuevo de los pájaros y las ranas. Nos sorprenderemos agradeciendo el último frío de la tierra y refrescándonos con él. Las mismas brumas se irán de viaje, lejos, para no volver hasta octubre. El cielo alumbrará sus ocasos rosados, enguatados de tonos naranja

y azul pálido, como los de los cuadros de Claude Gellée, llamado el Lorenés, que nació a unas leguas de aquí hace trescientos años. Flores de acacia con olor a miel y prímula, a cuyo alrededor zumban las abejas, que como diminutos y peludos silenos se embriagan y hacen eses en el aire tibio. Nosotros, pequeños humanos, buscamos en las ramas más bajas los pesados racimos color crema pálido. Los cogemos sin importarnos que nos pinchen en los dedos y las muñecas, y la sangre que los perla atestigua nuestra valentía. Envuelvo los jóvenes cadáveres en un pedazo de tela y regreso a casa pedaleando con toda la fuerza de mis piernas. Paso por delante del dormido matadero, donde las reses despellejadas, colgadas de ganchos en las cámaras frigoríficas, meditan sobre la brevedad de su vida. Mi madre ya ha batido la masa. Sumergimos en ella los racimos, que se cubren de clara lava. A continuación, hay que inmolarlos de inmediato en aceite hirviendo, para que su aroma profundo no muera y quede aprisionado bajo la corteza. Fina y dorada. Fuera, la noche ha abierto su gran ojo azul de Prusia. Junto al horno, el gato nos observa y se hace preguntas. Es tarde. Es pronto. Con los ojos brillantes, sin que me importe quemarme los labios, muerdo un crujiente racimo lleno de flores, sonrisas y viento. Lo que se deshace en mi boca es la primavera misma.

Aftershave

Observo a mi padre desde un agudo contrapicado. Estamos en el cuarto de baño, en el sótano de casa. Se ha colocado delante del lavabo, frente al armario de baño colgado de la pared, cuyas tres puertas son espejos. Orientándolas, el tríptico permite ver tres caras en vez de una, a veces más. La máquina de afeitar se desliza por el rostro de mi padre, que se estira la piel entre los dedos para alisarla. El aparato pasa varias veces por los mismos sitios, hasta dejar una epidermis lisa y salpicada de rojeces. Poco a poco, mi padre rejuvenece ante mis ojos, fijos en él. Elimina la barba nocturna, cana o grisácea, ceniza que se había depositado sobre su rostro mientras dormía para envejecerlo y robármelo. El zumbido de la máquina de afeitar es una salmodia. Una plegaria que sólo consta de dos o tres notas y un bajo continuo, como el monótono canto de algunos almuecines. En el cuarto de aseo siempre huele a humedad. Olor a baño turco frío. A vestuario de piscina. No tiene ventana. Para ventilarlo, hay que abrir las dos puertas, que están una frente a la otra, la de la lavandería y la de la cocina de verano. Mi padre desenchufa el cable, lo enrolla en torno a la máquina de afeitar y, tras guardarla en la parte izquierda del armario, saca un frasco ancho y aplastado con un líquido verde. «Mennen, para nosotros, los hombres.» Yo aún disto

de ser un hombre. Tras agitar el frasco, mi padre vierte unos chorritos de ese líquido verde en la despilfarradora palma de su mano izquierda. Como en el anuncio. Acto seguido, con la mano humedecida de ese modo, se palmea las mejillas, la barbilla y el cuello varias veces. De pronto, nos envuelve un agresivo aroma a mentol y cítricos, todavía más intenso debido a la presencia del alcohol, que flota en el aire y nos irrita la nariz. Pero se evapora. Sólo queda un olor que recuerda al toronjil y el limón, a la menta del jardín, que a veces me gusta mascar, hoja esmeralda e infusión clara, a quina y a pimienta también. Mi padre, que me llama Nonome o Julot, se inclina hacia mí. Me ofrece las ardientes mejillas, que yo beso. Es un ritual. Su rostro ha adquirido una tersura y una elasticidad extrañas, una suavidad nada masculina. Gracias al afeitado y al líquido verde, mi padre, un hombre maduro, vuelve a ser un bebé.